

Capítulo extraído de *La guerra fría, 1945-1972*.
HEFFER, Jean; LAUNAY, Michel

CAPÍTULO XX

Evolución del armamento y de la estrategia de los dos grandes

Para mantener su poder de intimidación frente al contrario, Estados Unidos y Rusia disponen de enormes medios militares. Estudiaremos sucesivamente la importancia del armamento (naturaleza, cantidad, localización) y la estrategia adaptada a este nuevo tipo de armamento.

1. Las armas atómicas.

a) Los inicios de la era atómica.

Desde 1945, las relaciones internacionales están dominadas por la existencia de un nuevo tipo de armamento: el «arma atómica». Entre ella y los armamentos clásicos, la diferencia no es de grado, sino de naturaleza. La propia expresión arma atómica es un término general que recubre dos realidades: las armas atómicas propiamente dichas y los medios para transportadas, llamados «vectores».

Las armas atómicas comprenden dos tipos de bombas: las bombas A (o atómicas) y las bombas H (de hidrógeno). Estas últimas, desarrolladas desde 1952, son considerablemente más potentes.

Los efectos causados por las bombas A y H son de varios órdenes: mecánico, térmico y radiactivo. Así la bomba A, lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945, representa una potencia explosiva de 15.000 toneladas de T.N.T.; es decir, 15 kilotones. Lo destruye todo en una superficie de 15 km². En mayo de 1945, en Eniwetok, explotó un ingenio experimental de 120 kilotones. En 1952, un nuevo experimento permite hacer explotar una bomba con una potencia de 3 millones de toneladas de T.N.T.; es decir, 3 megatones (o 3 Mt). Desde 1954 se sobrepasa la potencia de 20 Mt. A los efectos mecánicos provocados por el viento de la explosión se añaden los efectos térmicos: una bomba de 5 Mt. (5 millones de toneladas de T.N.T.) provoca en los seres vivos quemaduras de segundo grado en un radio de 30 km. y quemaduras de primer grado entre 30 y 80 km. de distancia al punto de caída. En fin, los efectos radiactivos son los más temibles, puesto que pueden dejarse sentir mucho tiempo después de la explosión. La fisión provocada por una bomba A supone la liberación de una cantidad considerable de elementos radiactivos que se propagan hasta 600 km. desde el lugar de la explosión (en el caso de una bomba de 20 Mt.). La fusión (bomba H) no supone, en principio, tanta radiación, pero la envoltura radiactiva de las bombas H produce el mismo fenómeno de fisión que en el caso de una bomba A.

b) El surgimiento de los misiles.

Para lanzar estos proyectiles se necesitan vectores. Los hay de dos clases: los aviones y los misiles. Los aviones son bombarderos pesados del tipo B 52 norteamericano o cazabombarderos cuya velocidad sobrepasa con mucho la del sonido («mach» 1) y cuya altitud puede alcanzar los 18.000 metros. Los misiles alcanzan una velocidad de mach 20 (es decir, más de 24.000 km. por hora). Alcanzan una altitud de 1.000 km.; su alcance puede sobrepasar los 10.000 km. Según este alcance se distinguen: los I.C.B.M. («intercontinental ballistic missiles»), como los Minutemen I y II norteamericanos o los cohetes Titán, que pueden alcanzar los 10.000 km. de alcance, y los I.R.B.M. o M.R.B.M. («intercontinental range ballistic missiles» o «medium range ballistic missiles»), a veces denominados S.L.M.B. («submarine launched ballistic missiles»), como los cohetes norteamericanos de la serie Polaris, que no sobrepasan los 4.500 km.

c) Cambios en la estrategia.

Este armamento ha provocado un cambio fundamental en la estrategia. Antes de la bomba atómica, la estrategia de una potencia consistía esencialmente en acumular la mayor fuerza militar posible para aplastar a un eventual adversario. Los estados mayores se preparaban para la guerra: incluso, a veces, proponían a los gobiernos una guerra preventiva para impedir que estallase una conflagración más sangrienta. Tras la puesta a punto de las armas nucleares, todo es diferente. Los efectos de las bombas atómicas son tan temibles que los países que las poseen se arriesgan al utilizarlas tanto como su adversario: por una parte, las lluvias radiactivas pueden contaminar la atmósfera en caso de utilización masiva de armamento nuclear; por otra parte, el adversario tocado por una bomba puede, si dispone también del arma atómica, desencadenar una respuesta mortífera. Para impedir al enemigo toda respuesta sería necesario aniquilar de un golpe todo su territorio, lo que es imposible.

d) La disuasión como elemento indispensable.

En estas condiciones, la estrategia, lejos de prever la guerra, se esfuerza por ser evitada; es decir, por persuadir al eventual adversario de no entablar el combate. Al hacer esto, la estrategia «disuade» al enemigo potencial de arriesgarse a un enfrentamiento igualmente peligroso para ambos adversarios. Ninguna apuesta puede ser superior al peligro que representa el arma atómica; tal es el axioma sobre el que reposa la estrategia de la disuasión.

Las consecuencias de la nueva estrategia son capitales. Antes que nada, se puede observar que un país cuyo armamento atómico es importante puede intentar intimidar a un adversario con ocasión de una crisis internacional «faroleando», como un jugador de póker, para subir la «postura». El golpe es peligroso, pero la tentación es grande. En segundo lugar, el armamento atómico puede desempeñar el papel de protector universal contra la guerra, a condición de que las potencias nucleares crean, de común acuerdo (que puede ser tácito) que su empleo es inconcebible. Su carácter apocalíptico sería entonces la mejor garantía para la paz. Es lo que se llama «equilibrio del terror». En fin, el armamento atómico presenta la particularidad de ser peligroso sin ser potente. Así, puede suceder que un país posea un armamento nuclear modesto cuyo carácter disuasorio, sin embargo, sea innegable. Bastan algunas ojivas nucleares para hacer mucho daño en las regiones vitales de un estado. En otros términos, la estrategia de la disuasión no es directamente proporcional a la cantidad de armamento necesario para disuadir.

En 1974, cinco países poseían armamento atómico más o menos completo: Estados Unidos, Unión Soviética, Reino Unido, Francia y China. Sin embargo, numerosos países

pueden poseer armamento semejante en un plazo mayor o menor.

e) La evolución de la estrategia nuclear.

La estrategia nuclear de los supergrandes ha evolucionado considerablemente desde 1949. Antes de esta fecha, la única potencia nuclear eran Estados Unidos. En 1949, la U.R.S.S. posee ya armamento atómico. En una primera época, centrada en la década de los cincuenta, cada uno intenta intimidar al adversario amenazándole con una intervención nuclear masiva en caso de crisis internacional grave. Es la época de la diplomacia norteamericana del «brinkmanship» (es decir, del «borde del abismo») que se formulará a instancias de Foster Dulles, secretario de Estado de Eisenhower; es igualmente la época en que el mariscal soviético Sokolovski publica su *Estrategia militar*, en la que no prevé más que una posibilidad de arreglo de una crisis grave: la guerra nuclear total. La concepción llamada del «todo o nada» es abandonada en beneficio de una «respuesta flexible» («flexible response») que debe ser proporcional a la intensidad de las crisis diplomáticas, esta nueva idea se desarrollará de la mano de Mac Namara, el secretario de Estado de Kennedy, a principios de los sesenta. En este momento es cuando los norteamericanos ponen a punto su sistema llamado «defcond» («defense condition»), graduado en cinco niveles, el último de los cuales desencadena la guerra nuclear.

f) La necesidad de llegar a acuerdos.

Desde 1963 y sobre todo desde 1972, los dos grandes entran en una nueva era de relaciones. Al mismo tiempo que deciden luchar contra la proliferación de armas nucleares e interrumpir las experiencias en la atmósfera y los fondos marinos, entablan negociaciones sobre la limitación de su propio arsenal atómico. Así se abren en 1969 las S.A.L.T. (*Strategic Arms Limitation Talks*).

¿Cuáles son las nuevas condiciones que llevaron a los dos grandes a concluir este «armisticio nuclear»? Una de las razones esenciales es el elevado costo de los sistemas de ataque y defensa. En efecto, desde 1957 se desarrollaron los misiles y, al mismo tiempo, las barreras antimisiles. Los rusos han sido los primeros en dotarse de tales barreras para responder al M.I.R.V. norteamericano («multiple independently targeted re-entry vehicle»), que es una especie de autobús espacial portador de ojivas nucleares múltiples y capaz de modificar su trayectoria en función de los objetivos a alcanzar. Desde entonces, los rusos se dotaron también de M.I.R.V. y los norteamericanos reforzaron su dispositivo de protección. Siempre sucede que, ante la escalada que representa la construcción de M.I.R.V. y de cinturones antimisiles, los dos grandes prefieren entenderse. La situación respectiva de sus arsenales de misiles quedó prácticamente congelada a fines de los 70.

g) La teoría del primer golpe y sus inconvenientes.

De las observaciones precedentes se pueden extraer dos conclusiones. Primero, los misiles intercontinentales en tierra no constituyen el arma absoluta. Son vulnerables. Un misil antimisil puede aproximarse a un cohete hasta el punto de afectar a su sistema autónomo de guía e incendiar las ojivas nucleares. En segundo lugar, la disuasión ha perdido gran parte de su fuerza. Hasta una época reciente, amenazaba sobre todo a las ciudades y las regiones económicas; es decir, los «objetivos blandos». En este caso, cualquier potencia atómica puede causar importantes daños al adversario. Pero luego los «objetivos duros» pueden ser alcanzados igualmente por los misiles. Así, desde el «primer golpe» es posible arruinar toda esperanza de «réplica» del enemigo. Sería necesario entonces que el enemigo en cuestión hubiese camuflado

perfectamente sus silos de misiles, cosa muy difícil de hacer. Esto no es contradictorio con lo que hemos afirmado, en relación con la respuesta posible de una pequeña potencia nuclear. En efecto, entre pequeñas y medianas potencias nucleares sólo pueden ser alcanzados los «objetivos blandos». Los objetivos duros sólo pueden ser alcanzados por las supergrandes. Entre estas últimas, la victoria sería para el que atacase primero. Entre potencias nucleares de segundo orden, la réplica es todavía posible, y un país medianamente equipado en el terreno atómico puede esperar provocar grandes daños a su enemigo en un «segundo golpe».

Así, el problema crucial para las superpotencias es la localización de los misiles. Lo ideal es que esta localización permanezca indeterminada. Por esto los norteamericanos, que han sido los primeros en preocuparse por esta cuestión, han desarrollado tan gran número de submarinos dotados de S.L.B.M. de largo alcance. Es el único medio de evitar ser alcanzado en un primer ataque al 100 %. Si existen algunos submarinos por el mundo capaces de enviar misiles al país enemigo, se hace posible la «replica» o «segundo golpe». Se halla entonces en la misma posición que una mediana o pequeña potencia nuclear.

2. Las fuerzas clásicas o convencionales.

a) Las fuerzas convencionales americanas.

La guerra «apretando un botón» no es todavía para un futuro próximo. Los armamentos clásicos y la utilización de los hombres siguen siendo todavía indispensables para la defensa de los estados. Incluso las grandes potencias nucleares conceden un lugar considerable a las fuerzas tradicionales. Así, los norteamericanos disponían de unos efectivos militares de 2,5 millones de hombres en 1973: casi un soldado por cada 100 habitantes. Las fuerzas terrestres estaban organizadas en 16 divisiones operativas, 5 brigadas de infantería y aerotransportadas, independientes, 5 regimientos blindados de caballería, 7 grupos de «fuerzas especiales», 38 batallones de misiles tierra-tierra y 200 unidades de aviación independientes. Solamente la marina podía poner en acción 11.000 aeronaves; de ellas; 9.000 helicópteros. Además los cuerpos de los infantes de marina o «marines», comprendían 3 divisiones y 3 grupos de aviación. Cada división de «marines» contaba con 20.000 hombres; estaba apoyada por un batallón de carros y un batallón de 24 misiles tierra-aire de tipo Hawk.

El material no estaba vinculado solamente a las tropas de élite. Existían en cada división del ejército de tierra carros de asalto y misiles de corto alcance tierra-tierra o tierra-aire, cuyo equipamiento no cesaba de ser modernizado. Mencionemos entre otros los carros medios 1948, dotados de un cañón de 90 mm., y los M 60, armados con un cañón de 105 mm., el carro ligero M 55L Sheridan, o el cañón automotor de 175 mm. M 107. En cuanto a misiles de corto alcance, los utilizados eran, sobre todo, tres: el Honest John y el Litde John, que eran misiles tierra-tierra, y el tierra-aire Hawk. La aviación y la marina poseían también material que se puede considerar clásico. Lo esencial del sistema de defensa del bloque norteamericano estaba asegurado por los hombres y el material clásico.

b) Las fuerzas convencionales soviéticas.

La U.R.S.S. contaba con más de 3 millones de hombres (contando todos los ejércitos), es decir, 1,5 soldados por 100 habitantes. Solamente el ejército de tierra representaba 2 millones de hombres repartidos en 157 divisiones. Existían en el Ejército rojo tres niveles de disponibilidad operativa. Casi el 70 % de las divisiones estaban constituidas por efectivos de guerra completos. Las demás podían ser completadas por reservistas de un modo más o menos veloz. Algunas divisiones requerían un reforzamiento tan importante (es el nivel más bajo de disponibilidad) que se hubiera necesitado un lapso de tiempo muy largo para incorporar a los

reservistas. Así, más de la cuarta parte de las divisiones soviéticas eran «ligeras»; es decir, que sus efectivos sólo existían sobre el papel.

Los carros de asalto en servicio en las unidades blindadas eran el T 62, con un cañón de 115 mm.; el T 54 ó 55 con un cañón de 100 mm.; o incluso el carro pesado T 10 con un cañón de 122 mm. Casi todos tenían equipos infrarrojos para combatir de noche, lo que muestra que el material seguía la evolución tecnológica. En cuanto a los misiles de corto alcance, la serie SAM demostraba que en este terreno los soviéticos habían puesto a punto instrumentos perfeccionados. Como en Estados Unidos, marina y aviación utilizaban ante todo material clásico.

c) Francia.

Si consideramos el caso de una potencia mediana como Francia, dotada, a pesar de todo, de armamento nuclear, comprobamos que la importancia del equipamiento tradicional es igualmente muy grande. La ley programa 1971-75 dotó al ejército de tierra de 845 carros AMX 30, 98 helicópteros del tipo Puma y 35 helicópteros ligeros tipo Gacela. El ejército del aire recibió, por su parte, 20 interceptores Mirage F 1 y 50 aviones de apoyo táctico tipo Jaguar.

La marina nacional recibió corbetas, dragaminas o fragatas (es decir, equipamientos no integrados en la guerra nuclear), junto a submarinos, encargados sobre todo, del transporte de ojivas atómicas. Los 18 misiles balísticas en servicio desde 1972 representaban, con los dos submarinos nucleares, lo esencial de la potencia vectorial de Francia.

d) Otros.

Algunas potencias que, por razones especiales, debían tener en pie de guerra un número considerable de hombres y mantener un material de alta calidad, podían utilizar misiles operacionales de corto o medio alcance. Es el caso del estado de Israel, que disponía del misil mar-mar Gabriel de terrible eficacia.

La mayor parte de los estados importantes del mundo se agruparon en dos alianzas militares: una, en el marco de la O.T.A.N., y la otra, en el marco del pacto de Varsovia. En el Este, se dio prioridad a los materiales. En el Oeste, se tendió hacia complejos medios de eventual ruptura del dispositivo enemigo, como las «bombas inteligentes» (smart bombs), que los norteamericanos sugirieron a sus aliados para romper, en un primer momento, el escudo radar de los países del Este, especialmente denso.

